

Teje nuestro sudario de mirtos y de flores.  
Labremos un sarcófago digno por su riqueza  
de encerrar las cenizas de dos emperadores.

Y cincela en su lápida nuestra última elegía:  
— Aquí yacen dos almas que han muerto de tristeza  
llorando las nostalgias de su eterna alegría!

## RAPSODIAS

(1900-1901)

## OFERTORIO

En esas horas íntimas de gran recogimiento,  
cuando escuchamos hasta girar agonizante,  
en torno de la lámpara que alumbra vacilante,  
como una mariposa, un vago pensamiento.

Cuando en la mano helada de una tristeza inmensa,  
el corazón sentimos temblar, aprisionado,  
como un latir medroso de pájaro asustado,  
y el alma está en la pluma, sobre el papel suspensa.

Cuando en el gran silencio nocturno se percibe  
el hálito más tenue, el son más fugitivo,  
y se funden en uno los cien ecos dispersos,

alguien dice á mi oído, con voz muy baja: — ¡Escribe!...  
Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo  
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos!

## LAS NIÑAS GRISES

Á AUGUSTO DE CASTRO

El sol apagaba sus rojos fulgores,  
tiñendo de rosa las cumbres lejanas,  
cuando por el parque cubierto de flores  
desfiló el cortejo de las hospicianas.

Iban lentamente, baja la cabeza,  
con los ojos tímidos fijos en el suelo,  
como si pidiesen para su tristeza  
á la Tierra madre, ternura y consuelo.

Caminaban mudas, graves y ojerosas,  
 en largas y grises hileras iguales;  
 y sus rostros pálidos semejaban rosas,  
 rosas amarillas de enfermos rosales.

Son aves de paso que cruzan la vida  
 sin hallar un nido donde las esperen...  
 Triste es su llegada, triste es su partida,  
 y llorando nacen y llorando mueren!

En la noche nadie vigila su sueño.  
 Sólo cuando cierran los ojos dolientes,  
 baja el melancólico Angel del Ensueño,  
 separa sus rizos y besa sus frentes.

Viven en la sombra... ¡Pálidas violetas  
 que en el negro fango del vicio crecieron!...  
 No se alegran nunca... ¡Besemos, poetas,  
 esos tristes labios que jamás rieron!

La amargura vela su mirada grave.  
 Son cuerpos de niñas con almas de ancianas...  
 Sigamos sus pasos con amor... ¿Quién sabe  
 si son nuestras hijas ó nuestras hermanas?...

El eco del Angelus resuena á lo lejos.  
 Todas se arrodillan y rezan en coro,  
 y del sol poniente los vagos reflejos  
 envuelven sus sienes en nimbos de oro.

## MEDIODIA

Á MARIO RAPISARDI

Ciegos horizontes...

Humean los montes,

entre la calina

del sol. Una hoguera

de polvo es el llano...

El aire calcina...

En la carretera

el eje de un carro lejano

rechina...

Llanura desierta...  
 ¡Pobre tierra muerta!...  
 Arido paisaje  
 sin sombras ni viento...

Sólo algún perdido  
 árbol retorcido  
 dobla su ramaje  
 seco y polvoriento...

Abrasa la planta  
 la fiebre del suelo.  
 Es de plomo el cielo...  
 La cigarra canta  
 su monotonía...

Bajo el sol ardiente  
 sueña el alma mía  
 — sola en el camino —

con el claro chorro del agua bullente  
 que salta espumosa  
 la fresca y umbrosa  
 presa del molino!...

Ciegos horizontes...  
 Humean los montes,  
 entre la calina  
 del sol. Una hoguera  
 de polvo es el llano...

El aire calcina...  
 En la carretera  
 el eje de un carro lejano  
 rechina.

## NIEVE

Á FRANCESCO PASTONCHI

Ni una brisa mueve  
la yerta enramada...

La nieve  
desciende callada  
sobre la llanura...

Reina en la casita  
— bajo la nevada —  
la paz infinita  
de una sepultura.

No turba la senda desierta  
ni el vuelo de un ave...

Rechina una llave;  
se entreabre una puerta;  
y entre la neblina  
gris de la mañana,  
vibra la argentina  
voz de una campana  
lejana...

La nevada ciega...  
Por aquel sendero,  
temerosa llega  
la visión que espero!

Y sobre el paisaje,  
cubierto de bruma,  
se pierde y se esfuma  
lo blanco del traje.

Ni una brisa mueve  
la yerta enramada...

La nieve  
desciende callada  
sobre la llanura...

Reina en la casita  
— bajo la nevada —  
la paz infinita  
de una sepultura!

## SAMARITANA

Á EUGENIO DE CASTRO

¡Es tu amor tan lejano!... La blanca casa abierta  
alegra la planicie desolada y desierta.

En las grises y áridas arenas del sendero  
se hunden las polvorientas sandalias del viajero,

que, bajo un sol de plomo, camina torpemente,  
soñando con la clara frescura de una fuente...

Las palmeras del pozo; la tarde; tu pequeño  
jardín; todo aparece como a través de un sueño,

en el que tú, sentada al borde del camino,  
ofreces, generosa, tu ánfora al peregrino

que apoyado en su báculo, lentamente camina,  
en busca de los místicos lirios de Palestina.

Tu voz es un recuerdo... — Entrad, hombre piadoso,  
entrad!... Bajo mi techo encontraréis reposo...

Con bálsamos de Arabia, con preciados unguentos  
yo curaré la herida de vuestros pies sangrientos...

Y de noche, desnudo el seno tembloroso,  
ungida y perfumada como para un esposo,

entreabriendo la puerta os diré, pudorosa:  
— ¡Entra, amado! Te espera en su lecho la esposa!

¡Ya jamás volveremos á encontrarnos! Romero  
de un ideal ignoto, marchó sin derrotero,

por esa laberíntica senda, larga y oscura,  
de la que no se vuelve jamás... Una Locura

me lleva de la mano, y me canta al oído,  
para dormir mis penas, la canción del Olvido...

Sólo recuerdo un nombre de lánguida armonía;  
una mano que tiembla, febril, entre la mía;

y una carita rosa, que, á la luz de la aurora,  
al verme de camino, en la ventana llora!

Ahora, lentos y graves, cruzarán los senderos  
áridos, caravanas de otros nuevos romeros,

que mientras en los mares la luz del sol declina,  
marchan, cantando salmos, hacia la Palestina.

Acaso tú, sentada al borde del sendero,  
hilando los vellones de tu sueño postrero,

pienses en aquel pálido y extraño peregrino,  
cuya larga silueta, más que ninguna triste,  
lentamente, á las luces de la mañana, viste  
borrarse entre las nubes de polvo del camino!

## LA CANCIÓN DEL REGRESO

Á ABEL BOTELHO

La luz alborea...  
Entre húmedas rosas  
la casa blanquea...

Por sendas brumosas  
se esfuman borrosas  
siluetas...

Resuenan  
confusos rumores  
de voces lejanas...

Metálicas suenan  
las claras campanas...

Entre nubes de polvo, descende  
un rebaño... Hiende  
el espacio la alondra sonora.

Ladra un mastín, olfateando,  
los zarzales en flor del camino...  
Canta una voz tímida, y una niña llora  
entre el polvoroso frescor del molino...

¡Detente, viajero!  
¡Sacude tus viejas sandalias gastadas  
en las piedras de tanto sendero  
y entre el polvo de tantas jornadas!...

Estás en tu valle!... Contempla, á lo lejos,  
de la aurora á los claros reflejos,  
humeando tu hogar entre flores...

¿No llega á tu oído  
en la brisa, un cantar conocido  
que te evoca remotos amores?

Al mirarte cruzar la llanura  
el labriego su paso detiene...  
Te saluda, y, muy quedo, murmura:  
— ¡Qué delgado y qué palido viene! —

La casa despierta...  
Abierta  
se ve la ventana...

Y entre los doseles  
de la enredadera,  
una mano de nieve, ligera,  
riega un tiesto de rojos claveles!

## LOS CIEGOS

Á MARIANO DE CÁVIA

Gime en los jardines  
que deshoja el viento,  
un largo lamento  
de tristes violines.

Eco de congojas  
que muere inconstante,  
entre el vacilante  
temblor de las hojas.

Cruzan, tacteando,  
 los mendigos ciegos  
 el parque, ensayando  
 sus líricos ruegos.

Y las cuerdas viejas  
 suspiran, imploran...  
 Parece que lloran  
 olvidadas quejas!

Los ciegos caminan  
 trabajosamente...

Tropiezan: inclinan  
 la pálida frente;  
 y se alejan lentos,  
 — los ojos clavados  
 en sus pensamientos —  
 por los encharcados

senderos, perdidos  
 en una quimera,  
 ¡con el alma entera  
 puesta en los oídos!

Pasan los violines  
 su voz apagando,  
 y se van quedando  
 mudos los jardines...

A veces, un lento  
 suspiro de pena,  
 lejano resuena,  
 temblando en el viento...

Eco de congojas  
 que muere inconstante  
 entre el vacilante  
 temblor de las hojas.

## LA ABUELA

A LUIGI CAPUANA

Bajo la cofia blanca, el rostro amarillento  
de la anciana sonríe á un sueño color rosa,  
mientras con mano torpe, pálida y temblorosa,  
recuerda el clavicordio un canto soñoliento.

Como ahogados suspiros surgen de su garganta  
de una canción antigua los ecos olvidados...  
Y los niños, el índice en los labios, parados  
en el dintel, murmuran: —¡Callad!... La abuela canta!

—¡Oh, mi amor, mi esperanza! ¿En dónde estás? ¿En dónde?—  
parece que solloza la música severa...  
De pronto la voz muere en un eco suave...

Los niños se aproximan, la llaman... No responde!...  
¡Tiene el pálido rostro más blanco que la cera  
que ardiendo se consume sobre la vieja clave!

## ÉGLOGA

Á POMPEO MOLMENTI

El chorro de la fuente  
borbotea en el ánfora  
de barro que se llena,  
mientras la virgen, pálida,  
su sien con mano tímida  
ciñe de rosas blancas.

El sol fulge en el chorro  
borboteante...

El ánfora,

lentamente, su trémulo  
ronco rumor apaga.

En aquel mediodía  
estival caminaba  
muerto de sed...

De pronto  
sentí correr el agua,  
y contemplé en la sombra  
tranquila de las palmas,  
la fuente, que al sol, era  
cantar vivo de plata!...

La virgen en su tímida  
cadera apoyó el ánfora,  
y la acercó á mis labios,  
nueva Samaritana...

Yo miré enrojecerse  
sus mejillas...

Temblaban  
las manos, y su seno,  
entre la tibia gasa  
de encaje, como un preso  
pájaro aleteaba...